Pluriversidades y activismos

Rosana Carvalho Paiva
Natalia Duque-Cardona
Emilia Cristina González-Machado

ISBN: 978-628-7762-80-0

1-Universidad 2-Activismos 3-Educación 4- Justicia Global 5-Ecologia
I. Carvalho Paiva, Rosana II. Duque-Cardona, Natalia III. González-Machado, Emilia Cristina

Primera edición: agosto de 2025

Coordinadoras
Rosana Carvalho Paiva
Natalia Duque-Cardona
Emilia Cristina González-Machado

Textos
Rosana Carvalho Paiva
Natalia Duque-Cardona
Emilia Cristina González-Machado
Sara Yaneth Fernández Moreno
Marycarmen de M. Arroyo Macias
Yasser Y. Lenis
Diego F. Carrillo-González
Luisa Faustini Torres
Lilian Paola Ovalle Marroquín
Kenya Herrera
Rogelio E. Ruiz Ríos
Josep Espluga Trenc
Fabian Pino Granada
Ernesto Israel Santillán

Coordinación Editorial
Natalia Duque-Cardona

Corrección de Textos
Lucas Maya

Esta publicación es realizada con fines educativos y su distribución es gratuita. Ley 23 de 1982, artículo 32. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin autorización de los autores o editores. Publicación derivada del III Seminario de Educación para la Justicia Global desarrollado en el marco del Convenio de cooperación entre la Facultad de Educación y la Escuela Interamericana de Bibliotecología de la Universidad de Antioquia (Colombia) y la Fundació Autònoma Solidària- UAB (España) que tiene por objeto promover la cooperación en los campos de la enseñanza e investigación entre la UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA, a través de LA FACULTAD y LA EIB, y la FAS, alrededor del desarrollo de acciones de investigación, docencia y extensión que vinculen los temas de Justicia Global, Educación y Desplazamientos humanos en espacios culturales como las bibliotecas, y educativos como las instituciones educativas.

El III Seminario de Educación para la Justicia Global y esta publicación hacen parte del proyecto PLURI-VERSIDAD impulsado por la Fundació Autònoma Solidària con el apoyo del Ayuntamiento de Barcelona.

Libro financiado con recursos de la *Estrategia para la Sostenibilidad y Consolidación de los Grupos de Investigación 2023* de la Universidad de Antioquia, Colombia.

Historia y Antropoceno

Rogelio E. Ruiz Ríos
Universidad Autónoma de Barcelona

La historia y los cambios

El historiador Johan Huizinga se jactaba de que, entre todas las ciencias, la historia, en tanto forma intelectual de conocer el pasado (Huizinga, 2018, p. 139), era la más cercana a la vida, puesto que sus preguntas y respuestas constituyen "la vida misma para el individuo y la sociedad" (Huizinga, 2018, p. 71). Los principios definitorios de la historia tomaron cauce en los siglos XIX y XX según los intereses y objetivos de los estados nacionales, a través del triunfo cultural de las universidades y los variados intereses de las élites de todo cuño. En el delineamiento del núcleo cognitivo de la historia también influyó la atracción por el pasado por mera curiosidad y placer estético. Conforme adquirió autoridad el conocimiento histórico y se reconocieron sus funciones sociales, se evidenció su rentabilidad económica, política y social al descubrirse como fuerza facilitadora y legitimadora del acceso a posiciones de poder en diversas escalas1

Mientras extendía su hegemonía planetaria en el marco de la modernidad, la historia se instituyó como la manera más prestigiosa y ambiciosa de aproximarse al conocimiento, comprensión y explicación del pasado a través de métodos y prácticas de carácter científico que garantizaban la veracidad y objetividad de su conocimiento. Aunque siempre hubo severos y sesudos cuestionamientos frente a las promesas redentoras y pedagógicas ofrecidas por la historia, durante mucho tiempo esta una reputación de conocimiento científico, racional y objetivo. Estas cualidades le otorgaron credibilidad, financiamiento, estatus académico y respaldo social. Con entusiasmo y nostalgia, Jo Guldi y David Armitage escribieron: "Durante al menos los últimos quinientos años, los historiadores, entre otras cosas, han expuesto la verdad ante el poder, han sido reformistas y líderes de Estado y han sacado a la luz los peores abusos de las instituciones corruptas para su examen público" (2016, p. 36).

Sin embargo, después de la segunda guerra mundial, los paradigmas tradicionales de la historia y, en conjunto, de las ciencias sociales y de las humanidades se impregnaron de desánimo y frustración ante el fracaso de las promesas redentoras y emancipadoras encarnadas en los grandes proyectos políticos, económicos y sociales modernos. Primó el desencanto una vez constatado el potencial destructivo y depredador que conlleva el uso indiscriminado e instrumental de la tecnología y del conocimiento científico. La esperanza en el futuro que signó la modernidad quedó en entredicho. La crisis del conocimiento tuvo su mejor heraldo en las ideas críticas del posmodernismo. Se elevaron las interpelaciones a las formas predominantes de organizar, explicar y conocer el mundo por su obsolescencia, su clausura cognitiva y su pérdida de sentido frente a la nueva configuración del orden

1 Peter Novick (1997) documentó el prestigio social de los historiadores y de la disciplina histórica en Alemania y su importancia social en Estados Unidos de América a partir de fines del siglo XIX, mientras que Priya Satia (2020) demostró la importancia de la conciencia histórica para los intereses del imperio británico en el cambio del siglo XVIII al XIX.

planetario. En la búsqueda de planteamientos más viables y adecuados, los enfoques constructivistas ganaron espacios y adeptos. No obstante, en el arranque del tercer milenio, otra vez experimentamos cambios sustanciales en los paradigmas dominantes de pensamiento y en los enfoques científicos, intelectuales y artísticos. Atravesamos por un renovado interés en los objetos, en los sujetos y en las experiencias junto a un desborde de las memorias insertadas y desplegadas en un conjunto de flujos, movilidades, nodos y redes. Los objetivos e instrumentos tendientes a explicar y a comprender nuestras realidades se concentran en los entramados de relaciones y conexiones inmersas en una pluralidad de ritmos, velocidades, temporalidades y escalas.

Este viraje, de carácter epistemológico y ontológico, es estimulado por el cambio climático propiciado por las actividades humanas, aceleradas desde fines del siglo XVIII, lo cual se puede apreciar en el deterioro ambiental, la acidificación de los océanos y la sexta extinción de las especies. Desde las ciencias de la Tierra se propuso que estamos en una nueva era geológica: el Antropoceno, es decir, los cambios ambientales son consecuencia de las actividades humanas. A raíz de este diagnóstico, diversos pronósticos sobre el futuro de la humanidad son de tipo distópico, presagian catástrofes. Para la filósofa Deborah Danowski y el antropólogo Eduardo Viveiros de Castro, "la marcha implacable del calentamiento global, por un lado, y la acumulación de discursos (en sentido amplio) sobre el 'fin del mundo' y sobre el Antropoceno, junto con la nube de temas que este último término resume", son de tal magnitud que es una tarea ardua actualizar un estado de la cuestión pertinente (2019, p. 15). A su vez, los tiempos difíciles concitan esperanzas si consideramos que nos dan la oportunidad de corregir nuestros estilos de vida en aras de un futuro óptimo. Como una reacción ante el ultimátum ambiental, se han propuesto alternativas al desarrollismo desenfrenado, el extractivismo brutal y los expolios que nos condujeron al filo del abismo. El futuro posible se impone distinto de aquel que, movilizando una cantidad ingente de recursos, pugnaba por un progreso ilimitado pregonado durante más de dos siglos.

El futuro ahora se vislumbra acotado, urdido en una textura de micro utopías (véase la entrevista a Ewa Domańska en Silveira y Bianchi, 2018), de luchas concretas locales, cotidianas, que atiendan las preocupaciones inmediatas; una textura articuladora de sueños, deseos y aspiraciones en una pluralidad de existencias. Aunque entre los pensamientos sobre el futuro también caben los que lo imaginan sin seres humanos (Danowski y Viveiros, 2019).

Una historia dialogante

El abordaje del Antropoceno ha detonado la imaginación y la creatividad en la disciplina histórica. En un influyente ensayo, Dipesh Chakrabarty (2009) enlistó los más grandes desafíos enfrentados por la humanidad ante lo que llamó una "coyuntura planetaria", una "crisis planetaria" y un "cambio climático". La posibilidad de que en un futuro no muy lejano se extinga la humanidad trastoca "nuestras habituales prácticas históricas para visualizar el tiempo –el ejercicio de comprensión histórica que nos permite abordar el pasado y el futuro, tiempos inaccesibles personalmente–, nos conduce a una profunda contradicción y confusión". De ahí se desprende que "la disciplina de la historia existe a partir del supuesto de que nuestros pasado, presente y futuro están conectados por una cierta continuidad

de la experiencia humana" (Chakrabarty, 2009, p. 51). La cuestión crucial es si tendría aún sentido la historia de cara a un futuro que, en el peor de los casos, debemos atrevernos a pensar sin humanos (Chakrabarty, 2009, p. 51).

Pareciera que, además de los compromisos y activismos presenciales y virtuales que cada profesional de la historia pueda tener de manera personal o colectiva, la búsqueda de respuestas e iniciativas a nivel disciplinario apela una vez más a la imaginación, a la creatividad y a la reflexión. Si hasta hace poco la historia era considerada como una disciplina empírica por antonomasia, ahora se habla de un "giro reflexivo" en sus filas, giro encaminado a indagar en torno a las responsabilidades sociales y a las utilidades del ejercicio historiográfico. Años atrás, Aleida Assmann y Sebastián Conrad observaron que, actualmente, la imaginación creativa había sido sustituida por la memoria como el foco de atención global (2010, p. 1). El auge de las memorias fue favorecido por los empujes poscoloniales, que han sido sustantivos para las proclamas identitarias en las que continúan fragmentándose los paisajes culturales. Pero, de acuerdo con Assmann y Conrad (que retoman un argumento de Arjun Appadurai), la memoria necesita de imaginación, puesto que la memoria consiste en repensar el futuro volviendo a reinterpretar el pasado; esto explicaría porqué el campo de la memoria se ha resignificado en nuestra época (2010, p. 1).

A diferencia de tiempos previos, el auge de las memorias vislumbra la insostenibilidad de continuar insistiendo en la hegemonía de la historia como forma de relacionarnos con el pasado. Hoy esa primacía recae en la memoria. En la disciplina de la historia existe un debate acerca de cómo las evidencias, las huellas, los vestigios y las súbitas apariciones del pasado rebasan sus contornos epistemológicos al grado de parecer irreductibles a sus procedimientos de control teórico-metodológico. Dicho por Roger Chartier, a diferencia de otras épocas, "los historiadores saben que el conocimiento que producen no es más que una de las modalidades de la relación que las sociedades mantienen con el pasado" (2007, p. 34), siendo la ficción y la memoria las que ostentan la preminencia en tales modalidades. El evidente desplazamiento de la historia obliga a apelar a sus propiedades dialógicas. La historia es, sobre todo, un diálogo de saberes: a través de ella conversan las diversas manifestaciones ontológicas en el presente y, a su vez, estas y los acechantes pasados espectrales; es la plataforma para imaginar y crear una miríada de futuros posibles frente a los desafíos del Antropoceno.

En buena parte del planeta, las investigaciones históricas, casi en su totalidad, son financiadas con fondos públicos y tienen su sede en recintos académicos y culturales dependientes del Estado. El financiamiento público de la historia habla del interés general que convoca y del compromiso de las comunidades académicas con los asuntos sociales y ambientales, a saber: el cambio climático, los derechos animales, los derechos humanos, la justicia, la equidad, la agencia de los segmentos subalternos, las disputas por la memoria en los espacios públicos; todo ello aunado al respeto y al reconocimiento de la pluralidad de existencias. Concebir las posibilidades dialogantes de la historia la inviste como una disciplina cognitiva en movimiento, con disposición para ajustar y modificar sus contenidos en sintonía con las exigencias temporales y espaciales presentes.

Los sistemas de educación pública, las diversas instituciones culturales, las universidades públicas dejan de cumplir su función social cuando se empecinan en fomentar, en sus espacios académicos, formulaciones anquilosadas del conocimiento rebasadas en su legitimidad

pedagógica y cívica, que reproducen perspectivas inoperantes, asentadas en décadas y siglos dejados atrás. Frente al empuje de las memorias y al prurito patrimonializador, las aspiraciones y propósitos de quienes practican el oficio de historiar tienen que ir más allá de la búsqueda de homenajes, de fungir como almacenadores de datos e información, de recompensar el ego con membresías de sociedades y cofradías dedicadas a extasiarse estéticamente en el pasado, en complicidad con las estructuras de poder.

Quizá aún sea plausible enunciar que la principal función de la historia radica en ayudarnos a transitar críticamente del olvido al perdón, previo paso por la justicia reparadora; en recordarnos el valor de la convivencia social en marcos emocionales de comprensión y empatía. De la memoria podemos esperar que mantenga actualizados los reclamos de justicia, que escarbe en el olvido para traer al presente aquello que, por justicia y lección de vida, es vergonzoso ocultar u olvidar. En estrecha relación, historia y memoria contribuyen a dar sentido y cohesión a las micro utopías sobre las que se construyen nuestras esperanzas de futuro en un planeta que, contrario a lo postulado en la modernidad, ni nos pertenece ni tiene como función prioritaria satisfacer las necesidades humanas.

Referencias bibliográficas

Assmann, A. y Conrad, S. (2010). Introduction, Memory in a Global Age. Discourses, Practices and Trajectories. En A. Assmann y S. Conrad (eds.), Memory in a Global Age: Discourses, Practices and Trajectories (pp. 1-16). Palgrave Macmillan.

Chakrabarty, D. (2009). Clima e historia: cuatro tesis. Pasajes. Revista de pensamiento contemporáneo, 24(31), 51-69.

Chartier, R. (2007). La historia o la lectura del tiempo. Gedisa.

Danowski, D. y Viveiros de Castro, E. (2019). ¿Hay un mundo por venir? Ensayo sobre los miedos y los fines. Caja Negra.

Guldi, J. y Armitage, D. (2016). Manifiesto por la historia. Alianza.

Huizinga, J. (2018). La ciencia histórica. Renacimiento.

Novick, P. (1997). Ese noble sueño: La objetividad y la historia profesional norteamericana. Instituto Mora.

Satia, P. (2020). Time's Monster: How Makes History. Belknap Press.

Silveira, P. y Bianchi, G. (2018). The need for a historiographical vanguard: an interview with Ewa Domańska. HH Magazine.

El auge de las memorias vislumbra la insostenibilidad de continuar insistiendo en la hegemonía de la historia como forma de relacionarnos con el pasado

ROGELIO E. RUIZ RÍOS